

LA IRONÍA Y EL ENSUEÑO EN ANATOLE FRANCE

POR LUIS REISSIG

A la obra de France se la distingue por sus aspectos, no por su estructura. Por eso se habla de su ironía o de su escepticismo como diluidos en el total. Y es exacto. France no ha escrito sus libros por los libros mismos, como si buscara en ellos la unidad de conjunto que destacara la unidad de pensamiento. Sus libros son simples pretextos de divagación, de digresiones, puesto que su obra es un soliloquio. El habla largamente a través de Luciano Bergeret, de Gerónimo Coignard, por no citar sino a los dos más populares.

Cuando France se presenta, en carne y hueso, ante sus contemporáneos, también su conversación es en el fondo un soliloquio: y cuando el término medio de mediocridad en los espectadores no permite otra cosa, usa la anécdota, como en el Salón de Mme. Arnau de Caillavet de la Avenida Hoche.

El soliloquio es la vía natural de expresión de las inteligencias ricas que conviven con una acentuada timidez de carácter. Y France es un caso señalado de timidez de carácter, como lo es de apasionamiento vivo.

Parecerá, quizás, extraño: el escéptico, el ironista es un apasionado. Y lo es. En su *Diario del Colegio*, a los 17 años, escribe: « Amo. Tengo necesidad de amar ». Y otro día: « Mi alma tiene necesidad de poesía y de poesía viviente ». Y a los 69 años reafirma: « el deseo ha conducido mi vida entera. Mi existencia no ha sido sino un largo deseo! »

Ironía. Pasión. He aquí dos notas fuertes, penetrantes, que resuenan en France. ¿Debe una excluir a la otra? En France, no; él no es un atormentado, es un sensual; sus pasiones

fluyen sin brusquedad alguna. Intimamente, ama a la mujer, pero su voluptuosidad lo lleva igualmente a gozar de aquel connubio entre la inteligencia y la gracia que fué Grecia.

Por no haberse detenido a considerar este aspecto esencial de la pasión en France es por lo que muchos le han puesto la etiqueta de ironista despiadado sin preocuparse si hay o no ternuras bajo sus sonrisas.

Vamos a hacer una cosa muy sencilla: levantemos la máscara con la que muchos críticos han cubierto el rostro humano de Anatole France.

* * *

Anatole France, como él mismo lo ha declarado, descendía de una « muy vieja familia de viñadores angevinos ». La amenidad un poco irónica y la ponderación de juicio constituyen el fondo del espíritu angevino, acusado de desidia y de ligereza.

Podemos, pues, admitir sin esforzarnos por incluir esta característica en el esqueleto de una teoría sobre la influencia de la raza o del medio, que France trabajó, en sus largas y profundas miradas al mundo, y en sus lecturas, ese fondo natural de « ponderación de juicio » que es uno de los puntos de partida de su escepticismo y ese otro fondo natural de « amenidad un poco irónica » que es la feroz ironía que nos pintan los moralistas.

France ha sonreído con frecuencia ante el espectáculo que le ha ofrecido el mundo. El mundo de los hombres es, en gran parte, mezquino y ridiculizable. La primer reacción del espíritu reflexivo contiene desprecio; la calma subsiguiente se satura de indiferencia. Pero ese mundo mezquino y ridiculizable de pronto se agita movido por una injusticia, por un ideal, por un descubrimiento. Entonces, se eleva. ¿Es un momento? ¿Es una ilusión? Difícil saberlo. Pero ya no es posible dejarlo a un lado, ni despreciarlo. Quizás, el odio; quizás, el amor.

Admiración para sus generosos sobresaltos; ironía para sus mezquindades; piedad para sus errores.

Ironía y piedad. Comprensión, tolerancia, ternura indulgente. Ya estamos en el camino que nos lleva, sin esfuerzos,

al florido jardín de la ironía de France. Oigásmosle: « Más pienso en la vida humana, más creo que es necesario darle por testigos y por jueces la Ironía y la Piedad, como los egipcios invocaban sobre sus muertos a la diosa Isis y a la diosa Nephthys. La ironía y la piedad son dos buenas consejeras. Una, sonriendo, nos hace la vida amable; la otra, que llora, nos la hace sagrada. *La ironía que invoco no es de ninguna manera cruel. Ella no se burla ni del amor, ni de la belleza. Es dulce y benevolente.* Su risa calma la cólera, y es ella quien nos enseña a burlarnos de los malos y los tontos, que podríamos, sin ella, tener la debilidad de odiar ».

Son éstas sus palabras, terminantes y claras, tomadas de *El Jardín de Epicuro*, donde ha de decir, poco después, que « es por la piedad que uno queda verdaderamente hombre ».

Siempre el sentido de lo humano estuvo presente en toda la vida y en toda la obra de France: el de la gran solidaridad en las esperanzas nobles, en los pensamientos bellos y generosos. Solidario, sin exaltar, sin glorificar al hombre; conociendo su miseria y su belleza; su fuerza y su astucia.

Pero el mundo era mundo y el espectáculo bajo y ridículo iba y venía ante sus ojos.

Un espíritu distinto del suyo; un espíritu batallador, dogmático, hubiera optado por condenar, con rudeza, el espectáculo. Pero él no tenía pasta de apóstol, él tenía el espíritu riente y sonreía. ¿Para qué condenar? ¿Acaso los moralistas o los apóstoles han modificado el mundo? . . . ¡No! Cuando los moralistas expusieron sus conclusiones, el mundo se había alimentado y envejecido con ellas. Cuando los apóstoles se echaron a predicar, el espíritu de su credo ya estaba derramado por el mundo y corría delante de ellos.

« Los mártires —dice France— carecen de ironía, lo cual es un defecto imperdonable ».

Librada a su naturaleza, la ironía de France es indulgente. Sonríe, sin crueldad. Llegará el día en que esa ironía ha de tornarse aguda, cuando escriba *La Isla de los Pingüinos* o algunas páginas de su *Historia Contemporánea*. Es la consecuencia natural de su encuentro con el mundo.

Vuelta la calma, su ironía indulgente reaparece: es la ironía fresca y ligera del siglo XVIII, impregnada de tolerancia y

de benevolencia. Traduce con fidelidad el temperamento de France, en el que hay, fundamentalmente, una gran ternura. « Los hombres más tiernos —dijo— no son los menos burlescos. La misma sensibilidad nerviosa que los mueve a llorar de muchas cosas, los hace reír de muchas otras ».

Su ternura es la savia de su ironía. El no es un burlador estéril. De paso que sonrío, alegra, alentando a realizar alguna forma de belleza.

No en balde él mismo ha confesado que « *sin la ironía el mundo sería como una foresta sin pájaros* ».

Por cierto: no hay nada de sombrío en la obra de France. Excluyamos *Historia de Cómicos*, que deriva en una situación dramática que saboreó France; y en cuanto al hermoso prólogo de *El libro de mi amigo*, lo más finamente tierno que escribió France, no señala una acongojada situación de espíritu llegado a la mitad del camino de la vida, sino una contemplación serena, un frente a frente por vez primera con el eterno fluir, un adiós sin amarguras a un mañana que ya no sonrío.

Basta, por otra parte, leer algunos de los relatos de *El pozo de Santa Clara*, para darse cuenta de que el France que se complacía en mostrarnos vidas tan simples como la del alegre Fuffalmaco y la de Fray Giovanni, no podía arrojar fuera de sí su fina ternura para convertirse en el espinoso ironista de la leyenda.

Porque si bien muchos admiten que su ironía es fina, persuasiva, sutil, no ocultan que piensan que es demoledora. Tan demoledora como su escepticismo. Y de ahí parte uno de los cabos que sirve para afirmarse en la creencia de que France es un revolucionario.

No. La ironía de France no es demoledora: es clara, riente. Alcanza a todos por igual. No está al servicio de ningún dogma.

No ocultemos que tiene ella el sabor de ser la de un hombre que ha utilizado con placer sin igual, y que al final de la jornada, después de sumirse en las silenciosas orgías de la meditación, parece preguntarse: ¿para qué más? ¿qué son los seres y las cosas más que « imágenes cambiantes de la universal ilusión »?

¿Qué puede temerse, pues, de la ironía de France? ¿De qué es culpable?

Su ironía no tiene nada de implacable, nada de rudo, nada de agrio. No es la ironía de un moralista. Es la ironía de un hombre. Un hombre cuyo espíritu permanece siempre abierto sobre el mundo y sobre las ideas. Es tolerante, comprensiva, es un juego de la reflexión, sin propósitos trascendentales.

France piensa que todo fluye y nace, sin cesar. Recordemos al abate Coignard contemplando las aguas del río, como si fuera éste la imagen del mundo donde todo pasa y nada cambia.

Es fundamentalmente demoledora la ironía del que lleva un proyecto a realizar, del que va a disponer un orden distinto. No es éste el caso de France. Su ironía está llena de indulgencia. Lo contrario implicaría un estado firme de intolerancia: más aún: una continuidad inflexible entre el pensamiento y la acción. Y no es éste, tampoco, el caso de France. Ya lo dijo él en una de las páginas de *La Vida literaria*, su obra más rica y más densa: «Cualesquiera que sean nuestras dudas filosóficas estamos obligados a obrar en la vida como si no dudáramos».

Y por aquí apunta el camino por el que se puede penetrar, con cautela, hasta el sentir íntimo de France. Por aquí podríamos entrar a resolver algunas de las vivas contradicciones que él nos presenta. Por aquí es posible compaginar al France socialista con el France en sus horas de escepticismo. ¡Libro múltiple y contradictorio, en verdad, el que se formaría con la vida de Anatole France!

Cuenta Paul Gsell en su libro *Conversaciones de Anatole France*, que Gabriel D'Annunzio remitió a France un ejemplar de su libro *Pisanelle* con esta dedicatoria: «A Anatole France, a quien todos los rostros de la Verdad y el Error sonríen igualmente».

Quiso D'Annunzio señalar con eso el mar de contradicciones y de dudas por donde navegaba con toda calma France. Yo creo que la dedicatoria podría ser empleada, con igual acierto, a todos los espíritus reflexivos y libres; o por lo menos, a todos aquellos tan largamente abiertos como para captar las sonrisas de la Verdad y del Error.

France no fué uno de esos espíritus aparentemente inmutables que se acorazan con lo adquirido en un período determinado de la vida; él tuvo un largo comercio con sus musas: la belleza, la armonía, la voluptuosidad, el ensueño. Afirmó, dudó, perseveró, se contradijo. El mundo de sus contemporáneos obró en forma viva sobre aquel espíritu que muchos consideraron escéptico e indiferente. Y ¡con cuánta razón habría de decir France que «nuestras contradicciones no son lo que hay de menos verdadero en nosotros» y que «el alma humana es un abismo de contradicciones»!

En la nota que France escribió sobre *Hamlet* representado en la Comedia Francesa, que figura después del prefacio del primer tomo de *La Vida literaria*, dice: «Bien se ve que es irresoluto, y no obstante ciertos críticos lo han juzgado lleno de decisión, sin que se pueda quitárseles del todo razón. En fin, se ha pretendido, mi príncipe, que érais un almacén de pensamientos, un montón de contradicciones y no un ser humano. Pero éste es, al contrario, el signo de vuestra profunda humanidad. Sois presto y lento, audaz y tímido, benevolente y cruel, dudáis y creéis, sois juicioso y sobre todo loco. En una palabra: vivís. ¿Quién de nosotros no se os asemeja en algo? ¿Quién de nosotros piensa sin contradicciones y obra sin incoherencia? ¿Quién de nosotros no es loco?»

Las contradicciones fueron en France fruto natural de su pensamiento. El no pertenecía a ninguna escuela: ni filosófica, ni literaria, ni social. No tenía que cubrir el decoro del grupo, ni aparentar unidad de conducta mental. Las contradicciones odiosas son las que siguen paralelamente el curso de nuestros intereses. Y eso no fué el caso de Anatole France. De un examen sincero surgieron sus dudas y sus contradicciones. Más sus dudas que sus contradicciones.

No obstante, era el suyo un corazón tan generoso, era tan soñador su espíritu dubitativo, tan benevolente su escepticismo, tan hermosas algunas de sus creencias, que su humanidad no fué la «absurda mascarada» a que se refiere Henri Massis, uno de sus críticos, sino la expresión viva del hombre que sabe que ningún premio ha de hallar al final de su camino y que, no obstante, marcha; no obstante, confía; no obstante, sueña.

Sí, sueña. Anatole France, el gran escéptico, el gran irónico de la leyenda era, en verdad, un gran soñador. «Yo no soy, sino, un soñador» —dijo con profunda razón, un día. ¿Quiénes fueron sus más fieles amigos de la infancia sino imágenes rientes y encantadoras: Esther, Athalie, Cleopatra, Helena? ¡Cara voluptuosidad la del ensueño en él!

Recordemos a France en la última década del siglo XIX y principios del XX, en esos años de intensa agitación política y social cuando se ventilaba en Francia, entonces corazón del mundo, el proceso Dreyfus. La injusticia cometida con el capitán Dreyfus coaligó a los espíritus bondadosos y justicieros con los que veían ante sí al gran enemigo de la Francia libre: la iglesia católica. La iglesia aspiraba a una hegemonía, utilizando al ejército y a los grupos monárquicos. Mantener la injusticia o dar con ella por tierra fué para Francia un problema social, religioso, político. Fuera de Francia, la gran masa de apasionados seguía el proceso con el único interés de que se hiciera justicia, nada más que justicia. Pero la justicia no podía hacerse como un hecho ajeno a la realidad social del momento, como un simple acto legal, escrupulosa y honestamente llevado a cabo. Era preciso que triunfara antes la libertad de pensamiento, que triunfara la república, que el laicismo ganara el espíritu de la política francesa. «Había que derogar la ley que, desde hacía 50 años, abandonaba la enseñanza de gran parte de la juventud a las congregaciones religiosas».

Este es, a grandes rasgos, el proceso que se desenvuelve ante Anatole France y que acaba por llevarlo al lado de Zola, de Jaurés, de los hermanos Reinach, de Pressensé, del Coronel Picquart.

¡Arriesgado tránsito para France el de la meditación pura a la acción! La sociedad ha ganado un combatiente más. Jaurés lo convierte más tarde al socialismo, a aquel socialismo fervoroso y romántico que mataron en la última guerra.

«Todo progreso —ha de decir France— el mejor como el peor, es lento y regular. . . Tengamos el fervor de corazón y las ilusiones necesarias; trabajemos en lo que creamos útil y bueno, pero no con la esperanza de un suceso súbito y maravilloso».

Y más tarde, en 1903, al inaugurar la estatua de Renan, su profesión de fe ha de ser más explícita: Es entonces cuando pronuncia, al final de su bello discurso, estas palabras, llenas de ternura y de bondad: «Lentamente, pero siempre, la humanidad realiza el sueño de los sabios».

El espíritu soñador de France supera todos sus tanteos, sus incertidumbres, sus poco confesadas ilusiones. Es bien cierto que «el fondo humano no cambia», que este fondo «es áspero, egoísta, celoso, sensual, feroz»; que los hombres «no se gobiernan nunca por el razonamiento: que el instinto y el sentimiento los conducen; que obedecen a sus pasiones, al amor y al odio, y sobre todo al temor saludable; pero, no obstante, los seres humanos se hacen acreedores de admiración por lo que sufren: no obstante, las ilusiones son necesarias y «para servir a los hombres hay que arrojar toda razón como bagaje innecesario y elevarse sobre las alas del entusiasmo, pues el que razona no volará jamás».

En el socialismo de France había un gran aliento tomado de su espíritu soñador. Fué, también, un sueño más; pero un sueño flotando sobre la realidad. «No creo que los hombres sean buenos naturalmente —dice Luciano Bergeret—. . . Pero creo también que los hombres son menos feroces cuando son menos miserables». Y en otro lugar dice: «La humanidad cambia poco. Lo que será es lo que fué».

Pero escuchemos al hombre de acción nacido del soñador, en algo de lo que dice durante el proceso Dreyfus: «¡Nada de vanas palabras. Actos!» «Hay que suprimir los consejos de guerra, separar la Iglesia del Estado, someter el clero al poder civil dentro de la vida de la Nación».

Estas son cuestiones por las que aboga a través del «affaire». Son, en realidad, cuestiones por las que se debaten la mayoría de los franceses, mientras el mundo aparenta ver sólo una lucha de la justicia contra la iniquidad. Y ¿«qué fuerza tenemos para ésto»? —se pregunta France—: «La más dulce y la más invencible de las fuerzas: la razón»; porque «es el pensamiento quien conduce el mundo».

La necesidad de obrar en la vida con prescindencia de nuestras dudas filosóficas, proclamada por France, nos revela la base firme de su acción social: no son tales o cuales princi-

prios lo que lo atraen; no son los dogmas los que lo encandilan. Los principios, los dogmas se desvanecen, pero el afán de realización subsiste. Tomemos algunas de sus declaraciones contenidas en su emblemático libro *Hacia tiempos mejores*. Dice France: «Instituyamos sobre la tierra, después del reino animal, que es aquel de la guerra, el reino humano, el reino de la justicia y de la paz». «Encaminémonos hacia la ciudad futura». «La Victoria del proletariado es cierta».

France era un alma exenta de prejuicios, amante de la justicia, de la belleza, de la paz. Su duda filosófica le asaltaba, a menudo; su certidumbre de que el fondo humano es egoísta y malo y que no cambia, era firme. Pero en France había, por sobre todo esto, un soñador que no cejaba; un soñador que triunfó sobre todas sus crisis.

Este signo es lo que más ciertamente lo define como hombre. Como escritor podrá valorarse en más su estilo, su sintaxis; como pensador su finura de penetración. No podría decirse cuál de sus aspectos es el que más lo caracteriza. Creo, más bien, que Anatole France es más él cuando no se hacen en su obra y en su vida exclusiones o preferencias absolutas.

Si he querido destacar la calidad de su ironía y el valor de su ensueño es para contribuir a la saludable costumbre de no querer mirar todas las cosas desde un solo punto de vista.

Como final, no puedo abstraerme a la tentación de transcribir el discurso que France pronunció el 25 de junio de 1909, en el banquete que le ofreció aquí en Buenos Aires un grupo de jóvenes. Un discurso que debió sorprender a los francianos que se habían alimentado de las píldoras de la crítica, guardadas en esos frascos con etiquetas que dicen a los profanos: «¡Cuidado! Aquí está el veneno del escepticismo». O bien: «¡Prudencia! Aquí encerrado está el ácido sulfúrico de la ironía». ¡Etiquetas! ¡Nada más que etiquetas! Un espíritu, por simple que sea, supera en complejidad a todas las clasificaciones que traten de aprisionarlo en un esquema. ¡No confundamos a los espíritus con los esquemas!

Decía Anatole France:

«Señores y amigos: Porque desde el primer momento hemos sido amigos. Sí, habéis estado en lo cierto; sí, amo vues-

tra alegría; sí amo veros desbordantes de vida y radiantes de esperanza.

« Además, he conocido por el encantador discurso pronunciado en nombre de todos vosotros, que sois buenos rabelesianos y eso me ha llegado al corazón.

« Pienso, en efecto, que el pantagruelismo es la mejor de las filosofías porque está fundado en los dos polos del alma humana: la ciencia y el amor.

« ¡Oh! estudiad, poseed la ciencia, que cada uno de vosotros tome su justa parte en las vastas comarcas del conocimiento. La ciencia es buena porque nos enseña a distinguir por medio de la acción lo posible de lo imposible; porque nos instruye respecto de nuestros verdaderos deberes y nos liberta de las servidumbres, de la ignorancia y del error; porque, en fin, para hablar como el gran Lucrecio, ella nos enseña a pisotear los vanos errores y los clamores del avaro Aqueronte. Dedicáos a la ciencia pero conservad vuestros ensueños. ¡Oh! no perdáis al contacto de la árida realidad el don divino del ensueño.

« Acabáis de decirme hace un instante que yo he perdido todas mis ilusiones.

« ¿Lo habéis dicho en serio? ¿Estáis convencidos de ello? ¿No habéis dicho: ya no es joven, es necesario tratarle como a un hombre grave, digámosle que ya no tiene ilusiones y eso halagará su amor propio? Pues bien, ¡no!, amigos míos, os habéis equivocado. *Tengo ilusiones*. Quizás no son las de los años juveniles, pero tengo aun bellas ilusiones y su enjambre armonioso flota sin cesar a mi alrededor y me refresca la frente con el latido de sus alas. *Creo en el amor, creo en la belleza, creo en la justicia*, creo, a pesar de todo, que en esta tierra el bien triunfará del mal y que los hombres crearán a Dios. Haced como yo. *Guardad preciosamente vuestras ilusiones, queridos amigos*. ¿De qué os serviría vuestra ciencia si no tuvierais la ilusión fecunda de la verdad, de la belleza, del amor? ... ¡Soñad! Sin ensueño no hay ciencia, no hay sabiduría. ¡Soñad! Vuestros sueños no serán vanos. La humanidad, tarde o temprano, realiza los sueños de los sabios. ¡Soñad! No temáis la justicia, amad la verdad!

« ¡Oh! sobre todo no seais prudentes, no seais moderados. *Creed, osad*. No améis mis libros y acordáos de mí más tarde. Os diréis: era muy suave, muy sencillo y nos sonreía. Ese es el más bello elogio a que puedo aspirar ».

Así hablaba, también, el irónico, el « escéptico » Anatole France.

LUIS REISSIG.